

Este cuento refiero á vd. para que abra los ojos y sepa manejarse con su corto principalito sin disiparlo en costosos vestidos: porque si lo hace así, cuando ménos piense, se quedará con cuatro trapos que mal vender y sin un peso en su baúl.

Fuera de que bien mirado, es una locura querer uno aparentar lo que no es, á costa del dinero, y exponiéndose á parecer lo que es en realidad con deshonor. Esto se llama quedarse pobre por parecer rico. Yo no dudo que vd. con ese traje dará un gatazo á cualquiera que no lo conozca; porque quien lo vea hoy con un famoso vestido, y mañana con otro, no se persuadirá á que su gran caudal se reduce á dos mil y pico de pesos, sino que juzgará que tiene minas ó haciendas, y como en esta vida hay tanto lisongero interesable, le harán la rueda y le prodigarán muchas y rendidas adulaciones; pero cuando vd. llegue, como debe llegar si no se aprovecha de mis consejos, á la última miseria, y no pudiendo sostener la cascarita, conozcan que no era rico, sino un pelado vanidoso, entonces se convertirán en amarguras los gustos, y los acatamientos en desprecios.

Conque ya le he predicado amistosamente con la lengua y pudiera predicarle con el ejemplo. Veinte mil pesos cuento de principal: me ha venido la tentacion de tenerle una muy buena casa á mi muger y un cochecito, y ya ve vd. que me sería fácil, pues todavia no me determino. Pero ¡qué mas! la muestra que vd. tiene sin disputa es mejor que la mia.

Acaso calificará vd. esta economía de miseria, pero no lo es. Yo tengo tambien mi pedazo de amor propio y vanidad como todo hijo de su madre, y ésta vanidad es la que me tiene á raya. ¡Lo creerá vd.? Pues así es. Yo quisiera tener coche; pero este coche pide una gran casa, esta casa muchos criados, buenos salarios para que sirvan bien, y estos salarios fondos para que no se acaben en cuatro dias. A esto se sigue mucha y buena ropa, un ajuar excelente, media bajilla cuando menos, de plata; palco en el coliseo, otro coche de gala, dos

ó tres troncos de mulas buenas, lozanas y bien mantenidas, lacayos y todo aquello que tienen los ricos sin fatiga, y yo lo tendria cuatro dias con ansias mortales, y al cabo de ellos, como que mi principal no es suficiente, daria al traste con coches, criados, mulas, ropa y cuanto hubiera, siéndome preciso sufrir el sacrificio de haber tenido y no tener, á mas de los desprecios que tienen que sufrir los últimos indigentes.

Así es que no me resuelvo, amigo, y mas vale paso que dure que no trote que canse. Yo no quiero que en mí sea virtud económica la que me contiene en mis límites, sino una refinada vanidad; sin embargo, el efecto es saludable pues no debo nada á ninguno: no tengo necesidad de cosa alguna de las precisas para el hombre: mi familia está decente y contenta: no tengo zozobras de que se me arranque pronto, y disfruto de las mejores satisfacciones.

Si vd. me dijere que para tener coche no es necesario tener tanto boato como el que le pinté, diré que segun los modos de pensar de las gentes; pero como yo no habia de ser de los que tienen coche y le deben el mes á la cocinera, si se ofrece: de ahí es que para mí era menester mas caudal que para ellos: porque amigo, es una cosa muy ridícula ostentar lujo por una parte, y manifestar miseria por otra: tener coche y sacar mulas que se les cuenten las costillas de flacas, ó unos cocheros que parezcan júdas de muchachos: tener casa grande por un lado, y por otro el casero encima; tener baile y paseos por un extremo, y por otro acreedores, trampas y boletos del montepío á puñados.

No amigo: esto no me acomoda; y lo peor es que de estas ridiculeces hay bastantes en México y en donde no es México.

¡Pues qué le diré á vd. de un oficial mecánico ó de otro pobre igual, que no contando sino con una rateria que adquiere con sumo trabajo, se nos presenta el domingo con casaca y el resto del vestido correspondiente á un hombre de posibles, y

el lunes está con su capotillo de mala muerte? ¡Qué diré de uno que vive en una accesoria: que le debe al casero un mes ó dos, cuya muger está sin enaguas blancas y los muchachos mas llenos de tiras que un espantajo de *milpa*, y él gasta en un paseo ó un almuerzo ocho ó diez pesos, teniendo tal vez que empeñar una prenda á otro dia para desayunarse? Diré que son unos vanos, unos presumidos y unos locos; y esto mismo diré de vd. si le sucedieré igual caso. Conque vd. hará lo que quiera, que harto le he dicho por su bien.

Yo me prendé de aquel hombre que tan bien me aconsejaba sin interes; pero no trataba de admitir por entonces sus consejos: y así dándole las gracias de boca, le prometí observarlos exactamente y le pedí mi dinero.

Diómelo en el momento, exigiéndome un recibo. Yo le di veinte y cinco pesos como de albricias. Reusólos recibir muchas veces; pero yo porfié con tal tenacidad en que los tomara que al fin los tomó; mas delante de mí cogió un clavo y un martillo y comenzó á señalarlos uno por uno, y concluida esta diligencia, los guardó en una gaveta de su escribanía.

Yo le pregunté, ¿que para qué era aquella ceremonia? Y él me respondió que no habia menester dinero; y así que lo guardaba para darlo de limosna á un infeliz miserable. Pero ¿siendo uno mismo cualquier dinero nuestro en su valor, le dije, no puede vd. darle otros pesos á ese pobre, y no esos propios que ha marcado? Eso tiene mucho misterio, me dijo, y quiera Dios que vd. no lo comprenda.

Con esto me despedí de él, cansado de tanta conversacion, y dándole el dinero á Roque nos metimos en el coche con el almonedero, que ya estaba aburrido de esperarme.

Llegamos á mi casa que la hallé bastantemente limpia, provista y curiosa. Me posesioné de ella; aunque no me gustó mucho la cuenta que me presentó, que para no cansarme en prolijidades, ascendió á no sé cuanto: ello es que en vestidos,



Luisa by Torquillo

ociosidades, albricias y casa ajuarada se gastaron en cuatro dias mil y doscientos pesos.

Por mi desgracia la cocinera que me buscó el almonedero, fué aquella Luisa que sirvió de dama á Chanfaina y á mí.

Luego que el almonedero me la presentó la conocí, y ella me conoció perfectamente; pero uno y otro disimulamos. El almonedero se fué pagado á su casa: yo despaché á Roque á traer puros, y llamé á Luisa con la que me explayé á satisfacción, contándome ella como luego que salí de casa del escribano y él tras de mí, huyó ella del mismo modo que yo, y se fué á buscar sus aventuras en solicitud mia, pues me amaba tan tiernamente que no se hallaba sin mí: que supo como Chanfaina no hallándola en su casa y estando tan apasionado por ella, se enfermó de cólera y murió á poco tiempo: que ella se mantuvo sirviendo ya en esta casa, ya en la otra, hasta que aquel almonedero, á quien habia servido, la habia solicitado para acomodarla en la mia, y que pues estados mudan costumbres, y ella me habia conocido pobre y ya era rico, se contentaria con servirme de cocinera.

Como el demonio de la muchacha era bonita y yo no habia mudado el carácter picaresco que profesaba, le dije que no sería tal, pues ella no era digna de servir sino de que la sirvieran.

En esto vino Roque, y le dije que aquella muchacha era una prima mia y era fuerza protegerla. Roque que era buen pícaro, entendió la maula y me apoyó mis sentimientos. El mismo le compró buena ropa, solicitó cocinera, y catenme vds. á Luisa de señora de la casa.

Yo estaba contento con Luisa; pero no dejaba de estar avergonzado, considerando que al fin habia entrado de cocinera, y que por mas que yo aparentara á Roque que era mi prima, él era harto vivo para ser engañado, y léjos de creerme, murmuraria mi ordinariéz en su interior.

Con esta carcoma y deseando oír disculpado mi delito por su boca, un día que estábamos solos le dije: ¿qué habrás tú dicho de esta prima, Roque? Ciertamente no crearás que lo es, porque la confianza con que nos tratamos no es de primos, y en efecto, si has pensado lo que es, no te has engañado; pero amigo, ¿qué podía yo hacer cuando esta pobre muchacha fué mi valedora antigua, y por mí perdió la conveniencia que tenía, exponiéndose á sufrir una paliza ó á cosa peor? Ya ves que no era honor mio el abandonarla ahora que tengo cuatro reales; pero sin embargo, no dejo de tener mi vergüencilla, porque al fin fué mi cocinera.

Roque que comprendió mi espíritu, me dijo: eso no te debe avergonzar Pedrito: lo primero, porque ella es blanca y bonita, y con la ropa que tiene nadie la juzgará cocinera, sino una marquesita cuando menos. Lo segundo, porque ella te quiere bien, es muy fiel y sirve de mucho para el gobierno de la casa: y lo tercero, porque aun cuando todos supieran que habia sido tu cocinera y la habias ensalzado haciéndola dueña de tu estimacion, nadie te lo habia de tener á mal conociendo el mérito de la muchacha. Fuera de que, no es esto lo primero que se ve en el mundo. ¡Cuántas hay que pasan plaza de costureras, recamareras &c. y no son sino otras Luisas en las casas de sus amantes amos! Con que no seas escrupuloso: diviértete y ensánchate ahora que tienes proporcion como otros lo hacen, que mañana vendrá la vejez ó la pobreza y se acabará todo antes de que hayas gozado de la vida.

Claro está que el diablo mismo no podía haberme aconsejado mas perversamente que Roque; pero ya se sabe que los malos amigos con sus inicuos ejemplos y perniciosos consejos, son unos vicediablos diligentísimos que desempeñan las funciones del maligno espíritu á su satisfaccion, y por eso dice el venerable Dutari, que debemos huir, entre otras cosas, de los demonios que no espantan, y estos son los malos amigos.

Tal era el pobre Roque, con cuyo parecer me descaré enteramente tratando á Luisa como si fuera mi muger, y holgándome á mis anchuras.

Raro día no habia en mi casa baile, juego, almuerzos, comilonas y tertulias, á todo lo que asistian con la mayor puntualidad mis buenos amigos. ¡Pero qué amigos! aquellos mismos bribones que cuando estaba pobre no solo no me socorrieron, pero ya dije, que hasta se avergonzaban de saludarme.

Estos fueron los primeros que me buscaron, los que se complacian de mi suerte, los que me adulaban á todas horas y los que me comian medio lado. ¡Y que fuera yo tan necio y para nada, que no conociera que todas sus lisonjas las dictaba únicamente su interes sin la menor estimacion á mi persona? Pues así fué, y yo que estaba envanecido con las adulaciones, pagaba sus embustes á peso de oro.

No solo mis amigos y mis antiguas conocidas me incensaban, sino que hasta la fortuna parece que se empeñaba en lisongearme. Por rara contingencia perdía yo en el juego; lo frecuente era ganar, y partidas considerables como de trescientos, quinientos y aun mil pesos. Con esto gastaba ampliamente, y como todos me lisongeaban tratándome de liberal, yo procuraba no perder ese concepto, y así daba y gastaba sin orden.

Si Luisa se hubiera sabido aprovechar de mis locuras, pudiera haber guardado alguna cosa para la mayor necesidad; pero fiada en que era bonita y en que yo la queria, gastaba tambien en profanidades, sin reflexionar en que podia acabársele la hermosura ó cansarse mi amor, y venir entonces á la mas desgraciada miseria; mas la pobre era una tonta coquetilla, y pensaba como casi todas sus compañeras.

Yo no hacia caso de nada. La adulacion era mi plato favorito, y como las sanguijuelas que me rodeaban advertian mi simpleza y habian aprendido con escritura el arte de lisongear y estafar, me lisongeaban y estafaban á su salvo.

Apenas decia yo que me dolia la cabeza, cuando todos se volvian médicos y cada uno me ordenaba mil remedios: si ganaba en el juego, no lo atribuian á casualidad, sino á mi mucho saber: si daba algun banquetito, me ensalzaban por mas liberal que Alejandro: si bebia mas de lo regular y me embriagaba, decian que era alegría natural: si hablaba cuarenta despropósitos sin parar, me atendian como á un oráculo, y todos me celebraban por un talento raro de aquellos que el mundo admira de siglo en siglo. En una palabra: cuanto hacia, cuanto decia, cuanto compraba, cuanto habia en mi casa, hasta una perrilla roñosa y una cotorra insulsa y gritadora, capaz de incomodar con su *can, can* al mismo Job, era para mis caros amigos (¡y qué caros!) objeto de su admiracion y sus elogios.

Pero ¡qué mas, si Luisa misma se reia conmigo á solas de verse adular tan excesivamente? Y á la verdad tenia razon, pues el almonedero que me puso la casa, se hizo mi amigo, con ocasion de ir á ella muy seguido á venderme una porcion de muebles que le compré, y este mismo, luego que vió el trato que yo daba á Luisa, olvidándose de que él propio la habia llevado á mi casa de cocinera, la cortejaba, le hacia platos en la mesa, y con la mayor seriedad le daba repetidamente el tratamiento de *señorita*.

Cuatro ó cinco meses me divertí, triunfé y tiré ampliamente, y al fin de ellos comenzó á serme ingrata la fortuna, ó hablando como cristiano, la Providencia fué disponiendo ó justificando el castigo de mis extravios, ó piadosa el freno de ellos mismos.

Entre las señoras ó no señoras que me visitaban iba una buena vieja que llevaba una niña como de diez y seis años, mucho mas bonita que Luisa, y á la que yo á excusas de esta, hacia mil fiestas y enamoraba tercamente, creyendo que su conquista me seria tan fácil como la que habia conseguido de otras muchas; pero no fué así: la muchacha era muy viva, y

aunque no le pesaba ser querida, no queria prostituirse á mi lascivia.

Tratábame con un estilo agridulce con el que cada dia encendia mis deseos y acrecentaba mi pasion. Cuando me advertió embriagado de su amor, me dijo que yo tenia mil prendas y merecia ser correspondido de una princesa; pero que ella no tenia otra que su honor, y lo estimaba en mas que todos los haberes de esta vida: que ciertamente me estimaba y agradecia mis finezas: que sentia no poder darme el gusto que yo pretendia; pero que estaba resuelta á casarse con el primer hombre de bien que encontrara, por pobre que fuera, antes que servir de diversion á ningun rico.

Acabé de desesperarme con este desengaño, y concibiendo que no habia otro medio para lograrla que casarme con ella, le traté del asunto en aquel mismo instante, y en un abrir y cerrar de ojos quedaron celebrados entre los dos los esponsales de futuro.

Mi expresada novia, que se llamaba Mariana, dió parte á su madre de nuestro convenio, y esta quiso con tres mas. Yo avisé política y secretamente lo mismo á un religioso grave y virtuoso que protegia á Mariana por ser su tío, y no me costó trabajo lograr su beneplácito para nuestro enlace; pero para que se verificara, faltaba que vencer una no pequeña dificultad, que consistia en ver como me desprendia de Luisa, á quien temia yo conociendo su resolucion y lo poco que tenia que perder.

Mientras que adivinaba de qué medios me valdria para el efecto, no me descuidaba en practicar todas las precisas diligencias para el casamiento. Fué necesario ocurrir á mis parientes para que me franquearan mis informaciones. Luego que estos supieron de mí con tal ocasion, y se certificaron de que no estaba pobre, ocurrieron á mi casa como moscas á la miel. Todos me reconocieron por pariente, y hasta el pica-

ro de mi tío el abogado fué el primero que me visitó y llenó varias veces el estómago á mi costa.

Ya las mas cosas dispuestas, solo restaban dos necesarias: hacerle las donas á mi futura, y echar á Luisa de casa. Para lo primero me faltaba plata, para lo segundo me sobraba miedo; pero todo lo conseguí con el auxilio de Roque como vereis en el

CAPITULO VI.

En el que se refiere como echó Periquillo á Luisa de su casa, y su casamiento con la niña Mariana.

QUOMADO el dicho á mi novia, presentadas las informaciones y conseguida la dispensa de vanas, solo restaba, como acabé de decir, hacerle las donas á mi querida y echar de casa á Luisa. Para ambas cosas pulsaba yo insuperables dificultades. Ya le habia comunicado á Roque mi designio de casarme, encargándole el secreto; mas no le habia dicho las circunstancias apuradas en que me hallaba, ni él se atrevia á preguntarme la causa de mi dilacion; hasta que yo satisfecho de su viveza, le dije todo lo que embarazaba el acabar de verificar mis proyectos.

Luego que él se informó, me dijo: ¡y que hayas tenido la paciencia de encubrirme esos trapantojos que te acobardan sabiendo que soy tu criado, tu condiscípulo y tu amigo, y teniendo experiencia de que siempre te he servido con fidelidad y cariño? ¡Vamos! no lo creyera yo de tí; pero dejemos sentimientos, y ánimoate, que fácilmente vas á salir de tus aprietos.

Por lo que toca á las donas, supongo que las querrás hacer muy buenas, ¿no es así? Así es en efecto, le dije, y ya ves que he gastado mucho, y que el juego dias hace que no me ayuda. Apenas tendré en el baúl trescientos pesos, con los que escasamente habrá para la funcion del casamiento. Si me pongo á

gastarlos en las donas, no tengo ni con que amanecer el dia de la boda: si los reservo para esta, no puedo darle nada á mi muger, lo que seria un bochorno terrible, pues hasta el mas infeliz procura darle alguna cosita á su novia el dia que se casa. Conque ya ves que esta no es tranca fácil de brincar.

Si lo es, me dijo Roque muy sereno: ¿hay mas que solicitar los géneros fiados por un mercader, y un aderecito regular por un dueño de platería?—Pero ¿quién me ha de fiar esa cantidad, cuando yo no me he dado á conocer en el comercio?

¡Qué tonto eres, Pedrito, y como te ahogas en poca agua! Dime, ¿no es tu tío el licenciado Maceta?—Si lo es.—¿Y no es hombre de principal conocido?—Tambien lo es, le respondí, y muy conocido en México. Pues andar, decia Roque, ya salimos de este paso. Vístete lo mejor que puedas: toma un coche y yo te llevaré á un cajon y á una platería, á cuyos dueños conozco: preguntas por los géneros que quieras, pides cuantos has menester, los ajustas y los haces cortar, y ya que estén cortados, dices al cajonero que esperas dinero de tu hacienda dentro de quince ó veinte dias; pero que estando para casarte muy pronto y necesitando aquella ropa para arras ó donas para tu esposa, le estimarás el favor de que te los supla, dejándole para su seguridad una obligacion firmada de tu mano.

El comerciante se ha de resistir con buenas razones, pretestando mil embarazos para fiarte porque no te conoce. Entonces le preguntas tú, que si conoce al licenciado Maceta, y que si sabe que es hombre abonado. El te responderá que sí; y á seguida se lo propones de fiador. El mercader deseoso de salir de sus efectos y viéndose asegurado, admitirá sin duda alguna. Lo propio haces con el platero, y cádate ahí vencida esta gravísima dificultad.

No me parece mal el proyecto, le dije á Roque; pero si el tío no quiere fiarme ¿qué hacemos? En ese caso quedo mas abo-